

“Mis ovejas escuchan mi voz”.

Domingo IV T. Pascual. Ciclo C
Hch 13,14.43-52; Sal 99,1-5; Ap 7,9.14-17; Jn 10,27-30

«Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. El Padre y Yo somos uno» (Jn 10,27-30).

La primera lectura del libro de los Hechos explica que el Señor mandó a Pablo y Bernabé a predicar a los gentiles: "Yo te haré luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el extremo de la tierra (Hech 13,43).

El texto refiere el primer viaje misional de Pablo y Bernabé (Hechos de 13,1 a 14,28). Casi en el centro geográfico de ese viaje por Chipre y la región meridional y central de la actual Turquía, coloca Lucas un episodio teológicamente muy importante: la apertura explícita del mensaje evangélico a todas las gentes; cuenta, en síntesis, el proceso del cristianismo primitivo en su apertura hacia los gentiles. Evangelizan en Antioquía de Pisidia y en Iconio, donde, tras la inicial acogida positiva, seguida de numerosas conversiones de judíos y gentiles temerosos de Dios, la predicación de Pablo se torna pronto en signo de violenta contradicción. Como habían hecho anteriormente en Chipre (13,5) y era una constante táctica misionera de Pablo: se dirige primero a los judíos en sus sinagogas, como herederos del A.T., compatriotas de los primeros predicadores, pero, el rechazo judío les impulsa con fuerza a dirigir su predicación a los gentiles, que reciben el anuncio evangélico con más entusiasmo; por ello, los judíos, entablando una persecución que no les hace desistir a los predicadores de su intensa actividad misionera, reaccionan en contra y promueven incesantes persecuciones en todas partes. Su idólatra pedagogía por la justicia de la Ley y su atávico segregacionismo religioso les hace recelar de la generosa acogida que otorgan los gentiles a la nueva fe; los judíos incrédulos de Antioquía estallan con furia y muchos celos (13,45) e instan movimientos insidiosos y persecutorios tanto en Iconio como en Listra (14,2.19).

La prioridad otorgada a Israel en el anuncio del Evangelio, atestiguada constantemente en el NT, parece tener un sólido fundamento histórico, sustentado en motivos prácticos y teológicos; pero el rechazo frecuente, más la obstinada incredulidad de los judíos, les acarrearán su propia exclusión de la fe cristiana. El episodio de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30), es el paradigma de una línea teológica inherente a toda su obra. Jesús ofrece el Evangelio primero a su pueblo, que lo rechaza debido a su carácter universal. En todo el NT, se alude muchas veces a la tragedia de Israel, que, siendo el pueblo elegido, cuando llegó su "hora" rechazó el Evangelio. La experiencia de Pablo en Antioquía (Hch 13,14-52) también constituye un paralelo impresionante; Pablo anuncia primero la buena nueva a su pueblo, cuyo entusiasmo inicial se transforma pronto en celosa persecución al ver cómo los gentiles se abren al Evangelio. Los judíos habiendo arrojado a Pablo y a Bernabé de la sinagoga, querían echarlos de la ciudad y del territorio, cosa que consiguieron con la ayuda de mujeres devotas e influyentes y de gente importante.

San Lucas quiere resaltar cómo la Iglesia abierta a los gentiles, y no el judaísmo incrédulo, es la verdadera continuadora del pasado de Israel, una presentación de la fe muy sensible a las exigencias de aquella época. En general, así fueron las cosas en los primeros años del cristianismo; de todos modos, no fue tan exacto, porque Pablo sigue posteriormente predicando a los judíos de otras ciudades. Es una especie de síntesis del proceso global; no hay monopolio por parte de ningún grupo, ni seguridad absoluta, sino apertura y seguimiento de la Palabra donde quiera que esté. La hostilidad de los judíos pone aún más de relieve el impulso de los apóstoles y descubre las dos actitudes que pueden adoptarse ante el Evangelio. Los judíos lo rechazan y se quedan con sus prejuicios, los gentiles lo aceptan y alcanzan la "vida eterna".

EI SALMO RESPONSORIAL (99 2-5) canta: "Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño".

La segunda lectura del libro del Apocalipsis (7,9.14-17) Expone la visión que anticipa la sociedad deseada y revela uno de los aspectos fundamentales de todo el libro: *El Cordero será su pastor y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas*" Ap. 7,16. Se trata de la universalidad de la salvación aportada por el Cordero/Cristo, que consiste en la unión del Cristiano con Jesucristo, siguiendo su camino hasta la glorificación, o sea, un camino de sufrimiento y muerte.

Este cap. 7 es un texto de transición entre la apertura del sexto y séptimo sello. Ante la injusticia infligida por el poder humano, el Señor interviene, y, por ello, los prepotentes se llenan de pánico y, desesperados, preguntan, "¿quién podrá resistirlo?" A lo cual da respuesta el Apocalipsis asegurando que los fieles del Señor deben mantener intacta su esperanza.

Todo el Apocalipsis respira este clima de infundir esperanza a sus destinatarios, gente atribulada por una historia llena de dificultades por la persecución de Diocleciano. En el capítulo sexto apunta las dificultades que son vencidas por Cristo Resucitado, quien va constituyendo a lo largo de esa historia, con la muchedumbre, una multitud innumerable de gente en tribulación, la comunidad de los salvados que tienen el destino final glorioso, como el del Resucitado. Se trata evidentemente de una dimensión universal. La fuerza de la Resurrección es válida para todo tipo de opresión. El Apocalipsis es un libro de liberación humana, los oprimidos tienen su Liberador en Cristo.

El texto va descifrando quiénes forman esa muchedumbre; aunque aparecen agrupados en las doce tribus de Israel, hay que pensar que los ciento cuarenta y cuatro mil representan la gran multitud de los incorporados a Cristo por el bautismo; ese número simboliza la totalidad del pueblo de Dios que milita en la tierra. Al final de los tiempos, esa multitud representa la visión de Juan, que contempla en el cielo una grandiosa y triunfal celebración de toda la Iglesia: todas las naciones, pueblos, razas y lenguas del mundo se reúne para alabar a Dios, unidos a los ángeles, a los ancianos y a todo el universo, proclaman su victoria, simbolizada por la túnica blanca y palma en la mano, y obtenida gracias a la "sangre del Cordero", su pastor; porque se unieron a su pasión, lo glorifican ahora y gozan de los dones anunciados antes en las cartas a las iglesias; dones que se detallan con más precisión en la descripción de la Nueva Jerusalén. Con ello, se señala la paradoja que envuelve constantemente la vida cristiana, tribulación que introduce en la vida eterna junto a Dios; sangre que blanquea los vestidos; Cordero que pastorea y conduce a las fuentes de agua viva.

Lectura del Santo Evangelio según San Juan (10,27-30), Jesucristo se proclama el Buen Pastor: Yo soy el buen Pastor, conozco mis ovejas, y ellas me conocen (Jn 10,14) y escuchan mi voz.

El evangelio de hoy San Juan lo ha colocado en el marco literario de un juicio; los poderes religiosos judíos han abierto una investigación para examinar el caso del ex-ciego de nacimiento (Jn 9). El veredicto ha condenado al ciego a no ser discípulo de Moisés; aunque, en realidad, el condenado es Jesús. Por ello, Jesús se hace presente y se cambian los papeles, ahora es Jesús quien dicta sentencia contra los judíos (Jn 9,39-41). Así pues, en el cap. 10, Jesús fundamenta y razona su veredicto; la parábola del buen pastor no es pues una imagen idílica, sino la fundamentación judicial de un veredicto contra la autoridad judía. Jesús basa su veredicto en el cap. 34 de Ezequiel. El profeta comienza denunciando a los jefes de Israel como falsos pastores del rebaño de Dios; con su injusticia, han destrozado el rebaño; y Dios los destituye de su cargo y El mismo toma el mando, reúne las ovejas dispersas y restablece con ellas una relación de mutua confianza. Estos son los elementos que, introduciendo la equiparación Yahvéh-Jesús, recoge Juan; en esta equiparación, radica precisamente el escándalo de los judíos. (Jn 10,24-26.33); Jesús toma las riendas, reúne a las ovejas, las conduce y crea un clima abierto de mutua confianza y de vida eterna. Así, Jesús actúa, como Yahvéh en el capítulo 34 de Ezequiel.

Jesús no es un usurpador; es el Hijo que vive en íntima relación con el Padre. Juan entiende la "vida eterna" como algo que se inicia ya en este mundo. El polo opuesto de la vida eterna que comienza con la fe es la "muerte eterna", que comienza con la incredulidad.

Jesús está convencido de que nada ni nadie puede apartar de sus brazos a los que son "suyos" y a los que él ama. Por eso, cuantos creen en Jesús tienen su vida eterna guardada en las mejores manos y no morirán para siempre, porque Jesús y el Padre son uno.

La mejor respuesta a esta seguridad de Jesús es la confianza que Pablo expresa en estas palabras: "Pues estoy completamente convencido de que ni la vida ni la muerte, ni el presente ni el futuro, ni las fuerzas, ni lo alto ni lo bajo, en fin, ninguna criatura podrá separarnos del amor que Dios nos tiene en Jesucristo nuestro Señor" (Rom 8,38). No es que el cristiano esté seguro de tener fe, sino que la fe misma es seguridad en Dios, porque no tenemos a Dios en nuestro poder, sino que es Él el que nos tiene con fuerza y el que inspira en nosotros una confianza sin límites.

Para entender este texto hay que recordar que es una respuesta a la pregunta de los judíos: ¿Eres tú el Cristo, el Mesías? Bajo las muchas las imágenes con que se ha presentado el Mesías, hay un elemento común característico: la relación particular entre Dios y su pueblo, así se define como el buen pastor en contraposición a los jefes de Israel. Es el Mesías por estas notas: el conocimiento mutuo: las ovejas no siguen a un extraño; don de la vida eterna: así se anuncia la salvación; unidad con el Padre: es la respuesta a la pregunta sobre si él era el Mesías.

El Señor nos ama y nos conoce personalmente, porque nos quiere y nos guía. Por lo mismo, podemos seguirlo, responsables y comprometidos, en el discipulado de su rebaño; y si caminamos unidos tras Él entraremos en su Reino, beberemos el agua viva que salta hasta la vida eterna y seremos de los suyos plenamente felices. Este es el camino que el Buen Pastor nos marca; hay que tener abiertos los oídos, atentos y libres de falsos reclamos y recodos, de tanta palabrería que confunde, de tantos ruidos que entorpecen, para oír su silbo y escuchar su Palabra; hay que ir en su rebaño y sintonizar el corazón con Jesucristo, que quiere llenar nuestra vida con su voz, "yo les doy la vida eterna". El Señor nos llama y lo seguimos, porque pronuncia nuestro nombre y nos cuida y nos pide una amistad personal con Él; nos invita a reconocerlo resucitado y a llevarlo en nuestra vida. Y lo seguimos dentro del rebaño con las otras ovejas, aunque, en ellas, hubiera algo que nos disguste; debemos andar mirando a los lados, por si acaso hay que ayudar a las otras, al prójimo y vivir en comunión, porque, en ocasiones, el hermano, que debemos conocer y querer, necesita servicio y entrega.

"El Padre y Yo somos uno", Jesucristo nos muestra la bondad de un Dios Padre que constantemente nos habla de amor, que nos espera, nos ama y cuando, en lontananza, nos divisa, corre, nos abraza y nos retiene, pues, "nadie las arrebatará de su mano".

Hoy la Iglesia celebra la Jornada Mundial por las Vocaciones. Es preciso suscitar la vocación a la entrega y al servicio. Hay quien consagra su vida íntegramente al pastoreo de las almas y se dona, para vivir con Cristo Pastor. Oremos, para que lo hagan desde la "caridad pastoral", que amen y den su vida por las ovejas más débiles y necesitadas. La vocación es la llamada de Jesús, distinta de otras voces, que llaman por derroteros errados; se presentan muchos caminos; es necesario tomar el derecho, el que lleva a la vida y a la verdad. Es el Padre quien pone en movimiento la esperanza; quien hace razonables la fe, la caridad, y la alegría.

"Nadie las arrebatará de mi mano, mi Padre, que me las ha dado, lo impedirá"; es esta una de las razones para esperar que provea las ovejas y los pastores; pero, en este mundo ajeno y tantas veces hostil, se presentan muchos lobos que intentan destruir y arrebatar el rebaño, su Iglesia denigrada y calumniada y, no podrán. El Buen Pastor no los dejará, es más fuerte y nadie puede arrebatarlas de sus manos. Siempre se hará la voluntad de Dios, de "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". Es cierto que la libertad humana es un misterio insondable y Dios no interfiere en ella; si el hombre no quiere, no quiere. Y Dios se ha sometido, se ha querido someter a esa ley; pero, también es verdad que la libertad, cuando es verdaderamente sana, está hecha para el amor y los recursos del Amor de Dios son infinitos.

Camilo Valverde Mudarra